

hasta aquí, si no habemos hecho esto? ¿En qué habemos entendido, si no habemos entendido en aquello á que venimos? «Amigo mio, hermano mio, ¿á qué veniste (1)?» Entrad en cuenta con vos y preguntaos esto muchas veces á vos mismo. «Ay Dios mio, ¿á qué oficio hubiera yo estado el tiempo que he estado en la Compañía, que no hubiera salido ya con él? Si me hubiera puesto á pintor, ya supiera bien pintar; si á bordador, ya supiera bien bordar y me pudiera valer del oficio, y púseme á ser buen religioso y no he salido con ello. Tantos años há que ando á la escuela de la virtud y aún no he acabado de aprender la primera letra de su A. B. C.; aún no he alcanzado el primer grado de humildad. En siete años salís vos buen filósofo y buen teólogo; yo en tantos años no he salido buen religioso. ¡Oh si buscásemos y procurásemos las verdaderas virtudes con tanto cuidado y diligencia como buscamos y procuramos las letras!»

Dice San Bernardo: «Muchos buscan la ciencia y pocos la conciencia. Pero si la buena conciencia se procurase con tanto cuidado y solícitud como la ciencia, mas presto se alcanzaria y con mas provecho se conservaria (2).» Pues no seria mucho que pusiésemos tanto cuidado y diligencia en nuestro aprovechamiento como ponemos en alcanzar las letras. San Doroteo dice que se ayudaba él mucho de esta consideracion: «Cuando yo estudiaba allá en el siglo, andaba, dice (3), tan embebecido en mi estudio, que no me acordaba ni pensaba en otra cosa, ni aun de comer me acordaba, ni me parecia que tenia tiempo para pensar en lo que habia de comer; tanto, que si no fuera por un

(1) Amice ad quid venisti?

(2) Multi quaerunt scientiam, pauci vero conscientiam. Si vero tanto studio, et sollicitudine quaeretur conscientia quanto quaeritur saecularis, et vana scientia, et citius apprehenderetur, et utilius retineretur. Bern. de inter. dom. c. XXI, et lib. de consc. c. 2.

(3) Doroth. doct. 10.

compañero muy amigo mio que tenia cuidado de hacerme aderezar la comida y llamarme á comer, muchas veces me olvidara de eso; y era tanto el fervor que traia en mi estudio y el deseo que tenia de saber, que estando comiendo tenia delante abierto el libro y estaba comiendo y estudiando juntamente; y en viniendo de leccion á la tarde, luego encendia la luz y estudiaba hasta la media noche; y cuando me iba á acostar llevaba conmigo el libro á la cama, y en durmiendo un poco luego tornaba á leer; y finalmente, andaba tan absorto en mi estudio, que ninguna otra cosa me daba gusto sino estudiar. Despues cuando vine á la Religion, poníame yo muchas veces á pensar, y hablando conmigo mismo, decia: Si para adquirir la elocuencia y las letras humanas pusiste tanto trabajo y andabas con tanto calor y fervor, ¿cuánto mayor razon será que en la Religion lo andes, para alcanzar las verdaderas virtudes y la verdadera sabiduría? y tomaba mucho aliento (4).

Pues razon será que nos despertemos y animemos nosotros tambien con esto, que algo mas nos va en ser buenos religiosos que en ser buenos letrados. Y asi toda nuestra solícitud y diligencia, ha de ser en cómo alcanzaremos esta sabiduría divina; este ha de ser nuestro negocio. No tuvo el Hijo de Dios otro negocio en la tierra sino entender en amarnos y buscar nuestro provecho y nuestro mayor bien y tan á costa suya; ¿qué mucho que nosotros no tengamos acá otro negocio, sino entender en amar y agradar mas á Dios, y en buscar y procurar su mayor gloria? Por lo cual dice el Apóstol: dejada la tibieza y flojedad, pongamos haldas en cinta y apre-

(4) Si tantus labor, tantusque fervor fuit tibi in adipiscenda eloquentia, quanto major tibi nunc adhibenda est cura, ut veras virtutes acquirere valeas?... Et hac re non modicas vires accepi. Doroth.

suremos nuestro paso (1).» Démonos priesa á caminar y á subir á este monte de la perfeccion y de la gloria (2).

Asi como el caminante que se ha dormido mucho á la mañana, pone despues diligencia para recobrar el tiempo perdido, y procura darse priesa hasta alcanzar los compañeros que van adelante, asi nosotros nos habemos de dar priesa y correr para recobrar el tiempo perdido. ¡Oh! ¡que van mis compañeros y mis hermanos adelante, y yo solo me he quedado atrás, y habia comenzado primero que ellos, porque entré primero en la Religion! ¡Oh! ¡si tanto nos amargase el tiempo que habemos perdido hasta aquí, y lo sintiésemos tanto que nos sirviese de espuelas para correr ahora con gran fervor!

Dionisio Cartusiano trae aquel ejemplo (3) que se cuenta en las vidas de los padres, de un mancebo que, queriendo entrar en la Religion, su madre pretendia impedir el cumplimiento de sus buenos deseos, y traíale para ello muchas razones. Él en ninguna manera quiso condescender con ella, ni volver atrás de sus propósitos, poniendo esto siempre por escudo: *Salvare volo animam meam*: «quiero salvar mi ánima, quiero asegurar mi salvacion que es lo que importa:» con lo cual respondió á la molesta demanda de su madre. Al fin, como ella vió que no aprovechaban nada todas sus razones é importunaciones, dejóle que hiciese lo que quisiese, y asi se entró en Religion. Pero comenzó presto á aflojar y á vivir con mucho descuido y negligencia en ella. De ahí á algunos dias murió su madre, y él cayó en una gra-

(1) Propter quod remissas manus, et soluta genua erigite. Ad Hebr. XII, 12.—Festinemus ingredi in illam requiem. Ad Hebr. I, 41.

(2) U-que ad montem Dei Horeb. III. Reg. XIX, 8.—Bonav. I. 2. Opuscul. lib. 2 de profectu Relig. c. 2.

(3) Dion. Cartus., art. 30, de quatuor noviss. et in vitis Patrum p. 2. §. 203.

ve enfermedad, en la cual un dia le dió un parogismo que le sacó de sí, y arrebatado en espíritu fué llevado al juicio de Dios, donde halló ante el divino tribunal á su madre y á otros muchos que con ella estaban aguardando la sentencia de su condenacion. Volvió la madre los ojos, y viendo allí á su hijo entre los que habian de ser condenados, quedó espantada y dijole: «¿qué es esto, hijo? ¿En esto has venido á parar? ¿Dónde están aquellas palabras que me decias, quiero salvar mi ánima? ¿Para esto entraste en la Religion?» Él quedó tan confuso y avergonzado que no supo qué responder. Volvió en sí y fué nuestro Señor servido que escapase de aquella enfermedad. Y considerando que aquella habia sido amonestacion divina, dió una vuelta tan grande que todo era llorar lo pasado y hacer penitencia; tanto que muchos le decian que se moderase algo del rigor porque no perdiese la salud. Pero él, no admitiendo esos consejos, respondia: «si no pude sufrir el baldon de mi madre, ¿cómo podré sufrir el de Cristo y sus Santos Angeles el dia del juicio?»

CAPITULO XVI.

De algunas otras cosas que nos ayudarán para ir adelante en nuestro aprovechamiento y alcanzar la perfeccion.

Dice Cristo nuestro Redentor en aquel soberano sermon del monte: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (1).» El glorioso Cipriano sobre estas palabras dice (2): «Si á los hombres es cosa

(1) Estote perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est. Matth. V, 48.

(2) Si hominibus laetum est, et gloriosum filios habere consimiles, et tunc magis generase delectat, si ad patrem lineamentis paribus soboles successive respondeat, quanto magis in Deo Patre laetitia est, cum quis sic spiritualiter nascitur, ut actibus ejus, et laudibus divina generositas praedicetur? Quae justitiae palma est, quae corona esse te talem, de quo Deus non dicat, filios nutritivi, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me (Isai. I, 2.)? Cypr. serm. 2, de 3 esp. et livore.

muy alegre y gloriosa tener los hijos semejantes á sí, y entonces se huelgan y regocujan mas de haberlos engendrado cuando ven que en las facciones, y en el aire, y en los meneos, y en todo se parecen á sus padres; ¿cuánto mas nuestro Padre celestial se alegrará y regocijará cuando viere que sus hijos espirituales salen semejantes á él? ¿Qué palma, qué premio, qué corona, qué gloria os parece que será que seais vos tal, que no se queje Dios de vos, como se queja por Isaias de su pueblo, diciendo: *he criado hijos, y helos levantado y ensalzado, y ellos hánme menospreciado á mí?* Sino que seais tal que vuestras obras redunden en grande gloria y honra de vuestro Padre celestial. Esa es grande gloria de Dios tener hijos tan semejantes á sí que por ellos venga á ser conocido, honrado y glorificado.

Pues ¿cómo seremos semejantes á nuestro Padre celestial? San Agustin nos lo dice: «Tanto seremos mas semejantes á Dios, cuanto mas participaremos de su justicia y santidad; cuanto mas justos y perfectos fuéremos, tanto nos pareceremos mas á nuestro Padre celestial (1).» Y por esto desea tanto el Señor que seamos santos y perfectos, y nos lo acuerda y repite muy á menudo, unas veces por San Pablo: «La voluntad de Dios es que seais santos (2).» Otras por San Mateo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (3).» Otras por el apostol San Pedro: «Sed santos, porque yo, que soy vuestro Señor y vuestro Dios, soy santo (4).» Esa es la voluntad de nuestro Padre celestial. Es gran contento de los Padres tener los hijos buenos, sábios y

(1) Cogitemus nos tanto similiores Deo, quanto esse poterimus ejus participatione justiores. *Aug. Epist. 25, ad Consentium.*

(2) Hoc est enim voluntas Dei sanctificatio vestra. *I. ad Thes. IV, 3.*

(3) Estote ergo vos perfecti, sicut et pater vester caelestis perfectus est. *Matth. V, 48.*

(4) Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum. *I. Pet. I, 16. et Levit. XI, 44. et XIX, 2.*

santos. «El hijo tal, dice Salomon (1), es alegría de su Padre», como, por el contrario, «el hijo necio y ruin, le es dolor y tristeza.» Pues por esto habiamos de procurar darnos á la virtud y perfeccion, aunque no hubiera otra razon para ello, por dar contento á Dios. Porque este ha de ser siempre nuestro principal motivo en todas nuestras obras, el contento de Dios y la mayor honra y gloria suya.

Pero fuera de esto diremos algunos otros medios que nos animen y ayuden á ello. San Agustin dice (2) que la causa por que la Sagrada Escritura nos llama tantas veces hijos de Dios; «yo seré vuestro Padre y vosotros sereis mis hijos,» que tantas veces repiten los profetas y el apóstol San Pablo: «Sed imitadores de Dios, como sus mas amados hijos (3);» y el apóstol y evangelista San Juan: «Mirad qué caridad la del Padre para con nosotros que quiere que seamos y nos llamemos sus hijos (4);» y en otros muchos lugares: la causa de repetirnos tantas veces esto, dice que es para que, viendo y considerando nuestra dignidad y excelencia, nos estimemos y nos guardemos con mayor cuidado y diligencia. La vestidura rica guárdase con mucha diligencia, y pónese gran cuidado en que no caiga mancha alguna en ella. La piedra preciosa y las demas cosas ricas con mayor cuidado se guardan. Pues para que nos guardemos con gran cuidado y tengamos gran cuenta con nosotros, dice San Agustin que nos pone tantas veces delante la Sagrada Escritura que miremos que somos hijos de Dios y que nuestro Padre es el mismo Dios, para que hagamos como hijos de quien somos, y no desdigamos ni de-

(1) Filius sapiens laetificat patrem. Filius vero stultus maestitia est matris suae. *Prov. X, 2.*

(2) *Aug. in Epist. 243, c. 19.*

(3) Estote imitatores Dei sicut filii charissimi. *Ad Eph. V, 1.*

(4) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus. *I. Joann. III, 1.*

generemos de los altos y generosos pensamientos de hijos de Dios. Concuera San Leon Papa, diciendo: «Reconoced vuestra dignidad, acordaos que sois hijos de Dios, y no hagais cosa indigna de la nobleza y generosidad de hijo de quien sois (1).» Y San Pablo en los Actos de los Apóstoles, está puso delante á los atenienses para animarlos y levantarlos á mayores cosas: «Somos del linage de Dios: siendo, pues, de su linage, etc. (2).» Aplicando esto mas á nosotros, y juntamente el ejemplo de la vestidura, que trae San Agustin. Asi como en la vestidura rica hace gran fealdad cualquier mancha, y cuanto mas preciosa es la ropa, tanto mas la afea; en la tela y brocado sale mucho una mancha, pero en el sayal no se echa de ver ni se hace caso de eso; asi en los que viven allá en el mundo no se echa de ver una mancha de un pecado venial ni aun á veces de un mortal, ni se hace caso de eso por nuestros pecados; pero en los religiosos, que son los hijos queridos y regalados de Dios, cualquier imperfeccion campea y se echa mucho de ver; una inmodestia, una murmuracion muy jiviana, una palabra impaciente y colérica ofende y desedifica mucho acá, y entre seglares no se hace caso de eso. El polvo en los pies no es de consideracion; pero en los ojos y en las niñetas de los ojos eslo, y de mucha. Los del mundo son como los pies de este cuerpo de la Iglesia; los religiosos como los ojos y como las niñetas de ellos; y asi, cualquiera falta en el religioso es de mucha consideracion, porque le desdora y causa gran fealdad en él, y asi tiene obligacion de guardarse con mayor cuidado.

(1) Agnosce, o christiano, dignitatem tuam, et divinae consors factus naturae noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire; memento cujus capitis, et cujus corporis sis membrum. *S. Leo Papi, Serm. I de Nat. Dom.*

(2) Ipsius enim, et genus sumus. Et genus ergo cum simus Dei. *Act. XVII, 28.*

Otra cosa nos ayudará tambien mucho para aprovechar é ir siempre adelante, que la tocamos arriba (1); que entendamos que es mucho lo que nos falta por andar, y que no es nada lo que tenemos y habemos alcanzado hasta aqui. Este medio se nos insinúa tambien en las palabras propuestas: ¿para qué pensais que nos dice Cristo nuestro Redentor: «sed tambien vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto?» Por ventura, dice Job, ¿podemos nosotros llegar á la perfeccion de nuestro Padre celestial (2)? No por cierto, ni con millares de leguas; por mucho que nos aventajásemos habria siempre infinita distancia entre nosotros y él. Pero dícenos que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto, para que entendamos que en este camino de la virtud siempre hay que andar, y asi nunca nos habemos de contentar con lo que tenemos sino trabajar por lo que nos falta. Suelen decir comunmente los Santos, y con mucha razon, que no hay mas cierto indicio de estar uno muy lejos de la perfeccion que pensar que ha llegado ya á ella, porque en este maravilloso camino, cuanto uno va caminando mas, va descubriendo mas tierra y viendo lo mucho que le falta. Dice San Buenaventura (3) que asi como mientras sube uno á la altura de un monte, mas descubre, asi mientras mas sube uno á la cumbre de este monte de la perfeccion, mas descubre. Suélenos acá acontecer que, mirando de lejos hácia un alto monte, nos parece que está junto al cielo y que desde alli podríamos llegar con la mano á él; pero despues que vamos caminando y subimos al monte, hallamos que está muy mas alto el cielo. Asi es en este camino de la perfeccion y del conocimiento

(1) Capitulo VII.

(2) Numquid homo Dei comparatione justificabitur? *Job. IV, 17.*

(3) *Bonav. t. 2, opusc. l. 2 de profect. Reliq. c. 21.*

y amor de Dios. "Llegaráse el hombre al corazon alto, y será Dios exaltado," dice la Escritura (1); y San Cipriano explicando este pasage dice (2), que por mucho que subamos en el conocimiento de Dios, queda Dios mas alto; por mucho que conozcais de Dios, hay mucho mas que conocer: y por mucho que le ameís, hay mucho mas que amar. Siempre hay que subir en este camino de la perfeccion, y el que piensa que ha llegado ya á ella y la ha alcanzado, es que está muy lejos, y asi le parece que podrá llegar con la mano al cielo.

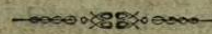
Entenderáse tambien esto por lo que vemos acá en las ciencias; que cuanto uno sabe mas, tanto mas entiende lo que le falta por saber. Y asi decia el otro filósofo: «Una sola cosa sé, y es que nada sé (3).» Y el otro gran músico se entristecia y decia que no sabia nada, porque le parecia que veia unos campos tan anchos que no podia llegar allá, ni lo entendia. Los que poco saben, como no entienden lo que les falta y lo mucho que hay que saber, piensan que saben mucho. Asi es en esta sabiduría divina. Los siervos de Dios que han estudiado y aprovechado mucho en ella, conocen bien lo mucho que les falta para llegar á la perfeccion. Y es la causa que mientras mas va uno aprovechando, es mas humilde. Lo uno, porque así como va creciendo en las demas virtudes, va tambien creciendo en la virtud de la humildad, y en mayor conocimiento propio, y en mayor desprecio de sí mismo; porque todas esas cosas andan juntas. Lo otro, porque conoce mas lo que le falta; mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y magestad de Dios, mas

(1) Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus. Psal. LXIII, 8.
(2) Ciprian. de oper. Chris. ad Cornel. Papam in protog.
(3) Hoc unum scio nihil me scire. Socrat. Refert. Læcius in ejus vita.

profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada, porque un abismo llama á otro abismo (1). Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria y nos hace ver los átomos y polvos infinitos de nuestras imperfecciones y lo mucho que nos falta para llegar á la perfeccion. El novicio y el que comienza, algunas veces piensa que tiene ya virtud, y es porque no conoce lo mucho que le falta. Acontece que ve una imágen uno que no sabe del arte, y parecele muy bien, y no echa de ver falta ninguna en ella: viene un buen pintor, y mirala con atencion y halla muchas faltas. Asi es acá, no sabeis del arte del propio conocimiento, y por eso no echais de ver las faltas que hay en esa imágen de vuestra ánima. El otro, como sabe mucho del arte, échalas de ver. De todo esto nos habemos de ayudar para andar mas deseosos de alcanzar lo que nos falta, y poner mayor cuidado y diligencia en ello. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia (2)," dice el Evangelio, y lo declara San Gerónimo diciendo: «Bienaventurados los que por justos que sean nunca se hartan ni les parece que basta lo que tienen, sino que tienen hambre y sed de mas virtud y perfeccion, como la tenia el profeta David cuando decia y pedia á Dios: «Señor, labadme mas y mas, no me contento con estar limpio y lavado de mis pecados; no me contento con estar blanco, sino querria que me pusiédes tan blanco como la nieve y aun mas que la nieve: no solo me rociad por cima, sino lavadme muy bien (3).» Pues asi habemos nosotros de

(1) Abyssus abyssum invocat. Psal. XLI, 8.
(2) Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam. Matth. V, 6.
(3) Amplius lava me ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me. Ps. L, 4. — Asperges me Domine hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super niyem dealbabor. Ibid.

clamar y dar voces á Dios: «Señor, mas humildad, mas paciencia, mas caridad, mas mortificacion, mas indiferencia y resignacion. Lavadme mas: *Amplius lava me.*»



CAPITULO XVII.

De la perseverancia que habemos de tener en la virtud y lo que nos ayudará á tenerla.

El bienaventurado San Agustin, sobre aquellas palabras del Apóstol: "No será coronado sino el que pelear legitimamente (1):" dice (2) que pelear legitimamente es pelear con perseverancia hasta el fin, y es el que merece ser coronado. Y trae aquel dicho, que es tambien de San Gerónimo y comun de todos los Santos: «El comenzar el camino de la virtud y perfeccion es de muchos, pero el perseverar en él hasta el fin es de pocos (3).» Como vemos en lo que aconteció á los hijos de Israel, que fueron muchos los que salieron de Egipto; seiscientos mil, dice la Sagrada Escritura, sin las mugeres y niños, y de todos ellos solos dos entraron en la tierra de promision (4). De manera, que no es cosa grande el comenzar lo bueno, ni está en eso el punto ni la dificultad, sino en el perseverar y acabar en ello (5). Dice San Efrén (6), que así como no es el trabajo del que edifica el echar los fundamentos sino el acabar el edificio, y cuanto este mas sube y mas alto va, tanto es mayor el trabajo y la costa, así tambien en el edificio espiritual no está la dificultad en echar los fundamentos y comenzar, sino en acabar; y poco nos aprovechará haber

(1) Non coronabitur nisi qui legitime certaverit. II ad Timot. II, 5.
(2) Aug. serm. 8 ad frat. in eremo.
(3) Caepisse multorum est, ad culmen pervenisse paucorum. Hieron. l. 1, cont. Jovin. et Epist. ad Luc. hisp.
(4) Num. I, 64 et XIV, 30.
(5) Non est igitur magnum inchoare quod bonum est, sed consummare, hoc solum perfectum est. Aug. serm. 8 ad frat. in eremo.
(6) S. Efrén, exhort. ad piet.

comenzado bien, si no acabamos bien. Dice San Gerónimo (1) que no habemos de mirar á los principios sino al fin. San Pablo comenzó mal y acabó bien, y Judas comenzó bien y acabó mal. ¿Qué le aprovechó haber sido discípulo y Apóstol de Cristo? ¿Qué le aprovechó haber hecho milagros? Así ¿qué os aprovechará á vos haber comenzado bien si acabais mal? No á los que comienzan sino á los que perseveran se promete el premio y la corona (2). Al fin de la escala vió Jacob que estaba el Señor, no al principio ni al medio, para darnos á entender, dice San Gerónimo (3), que no basta comenzar bien ni mediar, si no perseveramos y acabamos bien. Y San Bernardo dice (4): «Poned el término de vuestro caminar y perseverar donde Cristo le puso, del cual, dice San Pablo, que fué obediente hasta la muerte; porque por mas que corrais, si no es hasta morir, no alcanzareis la corona.»

Cristo nuestro Redentor nos avisa muy en particular de esto en el Sagrado Evangelio: "El que echa mano del arado y vuelve atrás, no es apto para el Reino de Dios (5)." "Acordaos, dice (6), de la muger de Lot." ¿Qué hizo la muger de Lot? Habíala Dios sacado y librado de Sodoma, y ya que estaba en el camino miró atrás, y á dónde miró allí se quedó hecha estatua de

(1) Non quaeruntur in christianis initia, sed finis. Paulus male caepit, sed bene finivit: Judae laudantur exordia, sed finis proditione damnatur. Hieron. Epist. ad Furiam viduam.
(2) Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. Matth. XXIV, 13.
(3) Quid prodest Christum sequi, si non contingat consequi? Ideo Paulus aiebat: sic currite, ut comprehendatis. Hieron. ubi supra.
(4) Ibi tu, Christiane, fige tui cursus, profectusque metam, ubi Christus posuit suam. Factus est, inquit, obediens usque mortem. Quantumlibet ergo cucurreris, si usque ad mortem non perveneris, brabium non apprehendes. Bern. Ep. 233, ad Abbatem Gar.— I. ad Cor. IX, 24; ad Phil. II, 8.
(5) Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro aptus est Regno Dei: Luc. IX, 26.
(6) Memores stote uxoris Lot. Luc. XVII, 32.